

Reflexiones *antropolíticas* sobre el mundo digital y la autonomía personal

Luciano Espinosa

Universidad de Salamanca
espinosa@usal.es

Anthropolitical Reflections on the Digital World and the Personal Autonomy

RESUMEN: La digitalización y virtualización de los asuntos humanos está transformando el *mundo de la vida* y creando un nuevo paradigma -en todos los sentidos de la palabra- que resulta muy importante para los debates éticos y políticos. Hay grandes oportunidades, claro, pero también nuevas clases de alienación. La aparición de una *subjetividad digital* en el entorno de la cultura-red capitalista y el espionaje masivo a los individuos replantean la ecuación entre seguridad y libertad, de cara a salvaguardar la autonomía personal.

ABSTRACT: The digitalization and virtualization of human subjects is transforming the *world of life* and creating a new paradigm -in all the senses of the word- that becomes very important for ethical and political discussions. There are big opportunities, sure, but also new kinds of alienation. The appearance of a *digital subjectivity* in the environment of the capitalist net-culture and the massive spying of the individuals restate the equation between liberty and security, in order to save the personal autonomy.

PALABRAS CLAVE: mundo de la vida, cultura-red, subjetividad digital, autonomía, datos, espionaje

KEYWORDS: world of life, net-culture, digital subjectivity, autonomy, dates, spying

1. Planteamiento

La tecnología digital tiene la potencia de crear una realidad propia y es mucho más que un vehículo de expresión para el mundo de la vida (*lebenswelt*). Si habitualmente no cabe dissociar el pensamiento antropológico y el político, en este marco aún menos, ni a ellos de una experiencia cada vez más fuertemente mediada y configurada por esa tecnología, hasta el punto de impregnar los medios y los fines esenciales, es decir, dar *sentido* a la existencia, cuando no diseñarlo. La informática, herramienta clave de la masiva digitalización en marcha, sustenta un gigantesco procesamiento de datos y así el avance de las denominadas NBIC (nanotecnología, biotecnología, información, cognición), lo que, sumado a la robótica, permite transformar como nunca antes la entraña misma de los seres y las cosas. El salto es cualitativo (crear entes) y el poder derivado tremendo (dirigirlos y utilizarlos). Además de llenar de *pantallas* -por el camino- buena parte del tiempo y el quehacer de muchas personas, sea en el terreno laboral, lúdico, emocional o en cualesquiera interacciones. Muy pocas veces, en fin, se ha producido un cambio histórico tan drástico en la forma y en el fondo de la vida humana como el iniciado en las últimas décadas.



Puede decirse que vivimos en una *cultura-red* que lleva al extremo el "ocularcentrismo" de Occidente, donde casi todo "viene definido por la convivencia y construcción de *mundo* y *subjetividad* a través de las pantallas en un contexto excedentario en lo visual (imagen, información, datos...). Contexto caracterizado en un marco donde conviven formas de *capitalismo cognitivo o informacional* con otras formas de *economía social* que surgen desde la ciudadanía. Allí donde podemos gestionar trabajos, conocimiento y vida ayudados (o condicionados) por las lógicas algorítmicas y de bases de datos que alimentamos y que nos alimentan online, organizando visibilidad y existencia (...) permitiéndonos nuevos hábitats de relación de los que se deducen condicionantes biopolíticos para *ser* y para *poder ser*, nuevas manifestaciones de la realidad social y del poder en la red / Un asunto prioritario aquí sería el que relaciona ser visto en la pantalla con existir y formar parte de las nuevas lógicas de "valor" en el mundo (...) que parece determinar hoy la nueva ontología de la cultura-red, la nueva articulación de lo *real*" (Zafra, 2015: 34, y también 41, 121). Luego hay que ocuparse de esa tecno-ontología que está al servicio del mercado (en lo personal y lo colectivo), mediante la reedición virtual de la vieja alianza de poder, dinero e información; así como de la mezcla de una mejor comunicación con las nuevas formas biopolíticas de control, a su vez en torno a la dialéctica ver/ser visto que crea valor. Sin olvidar una buena dosis de servidumbre voluntaria, pues los sujetos no solo contribuyen a esos contenidos sino también al difuminado entre lo real y lo virtual, lo privado y lo público, el trabajo y el ocio, la producción y el consumo... El resultado modifica las condiciones básicas de la existencia e introduce hábitos muy arraigados en la formación del carácter.

La manera analógica de *estar en el mundo* pierde peso en beneficio de otra clase de *sentido común* con impronta digital. En el aspecto subjetivo, aparece un nuevo trascendental (al modo kantiano), esto es, un aparato de cognición moldeado con sesgos tecnológicos determinados a la hora de percibir, categorizar, ordenar y almacenar información; mientras que, en el aspecto objetivo, la realidad se desdobra en una dimensión cibernética paralela y desmaterializada, allende las coordenadas espacio-temporales propias del anterior imaginario colectivo y de la fisicidad del mundo (Espinosa 2007). De modo que hay motivos para hablar de un nuevo tipo de sujeto y de objeto, regidos por otras modalidades de conocimiento y praxis, con el correspondiente impacto ético, estético y político. El humano es técnico y simbólico

por definición, claro está, pero esa perenne disposición codificadora y traductora de lo dado alcanza ahora cotas inéditas.

Las *condiciones de posibilidad* de casi todo (en sentido trascendental y empírico) están digitalizándose a un ritmo vertiginoso que debe elucidarse desde nuevos parámetros. No cabe escindir la infraestructura y la superestructura, o el continente y el contenido, valga la analogía, ya que el soporte tecnológico lo filtra todo. El universalismo de la *forma* digital desfonda a la *materia* y se apodera de ella, traduciéndola en *bits* que suplantán a las viejas dimensiones (meta)físicas, de modo que la velocidad y la capacidad de manipular cosas que ha definido la cultura occidental desde hace más de un siglo encuentra ahí el espaldarazo definitivo... Se trata de un proceso *des-realizador* que a la vez genera una peculiar *antinaturalidad*, algo que licua y volatiliza cualquier entidad previa, arrastrando a su paso las condensaciones tradicionales del ser, incluidos valores, intereses y conductas, para crear otros aún por cuajar. La célebre realidad virtual es el ejemplo paradigmático de un movimiento más amplio y profundo.

El carácter transversal de la cuestión añade al "giro lingüístico" y al "giro emocional" del pensamiento contemporáneo, por citar dos ejemplos notables, una suerte de *giro virtualizador* que se reapropia de ellos: lenguajes, reglas y sentimientos se anudan ya en torno al mundo digital. Dicho coloquialmente, los ordenadores, móviles, tabletas y demás dispositivos son mucho más que las potentísimas e hiperrealistas navajas suizas de nuestra época, son las llaves de acceso y en este sentido los meta-objetos que *abren mundo*, por decirlo al modo fenomenológico, capaces además de procesarlo y reorganizarlo. O, visto desde otro ángulo, son las meta-mercancías que permiten gestionar todas las demás, una vez cosificado el mundo según el orden del capital. Esta matriz tecnológica es poderosa porque unifica *conocimiento e interés*, dicho libremente a la manera habermasiana; con el riesgo de que tal síntesis desequilibre "la infraestructura comunicativa del mundo de la vida", ya que rebasa el pensamiento idealista ligado al sujeto tanto como el mero ejercicio de la razón instrumental (Habermas 1989: 401s), orientándose hacia una fusión de gran calado teórico-práctico que habrá que analizar.

Hace falta -como siempre- más y mejor *ilustración* para integrar la racionalidad científico-técnica y la autoexpresividad (subjetiva y social), lo que a su vez requiere el enfoque de la llamada *Tercera Cultura*, pues ahí convergen aspectos antropológicos

y disciplinas diversas. Por otro lado, la exaltación de la *diferencia* irreductible (entre individuos, grupos, juegos de lenguaje, sistemas teóricos y prácticos...), que define a la cultura y al pensamiento recientes, podría encontrar en el ámbito digital un escenario propicio para su articulación o para fragmentarse del todo, lo que tiene consecuencias comunicativas enormes. La célebre "telépolis" (J. Echevarría *dixit*) enuncia el "tercer entorno" (junto al natural y al ciudadano) que empieza a fagocitar a los otros, además de ser el *locus* privilegiado para la llamada *vida líquida*, esto es, aquélla que es informe, efímera y fungible, donde la inestabilidad lo impregna todo, incluidos los marcos de referencia sociales e institucionales (Bauman 2006). Y es que en el *cibermundo* intersectan como nunca antes los temas y esferas apuntados, hasta conformar una maraña quizá inextricable.

Importa el examen del ideal ilustrado de autonomía en ese contexto, ligado a los aspectos que configuran un estilo de vida cargado de grandes posibilidades de autorrealización, pero donde el sujeto está vigilado y controlado. La faceta antro-po-social del *Homo digitalis* se torna entonces política, sin abandonar por ello la perspectiva ética sobre la vida buena que reclama un debate renovado. Decía T. S. Eliot que la información, el conocimiento y la sabiduría son cosas distintas y que no debería perderse su sentido iterativo y jerárquico, algo que hoy exigiría aminorar tantos *ruidos*, ansiedad e hipérboles, en gran parte de origen digital, como condición previa para ver un poco más claro...Sin embargo, el *dataísmo* o "religión de los datos" en ciernes propone lo contrario: al entender lo real como un inmenso procesamiento de datos, se unifican los organismos y las máquinas (algoritmos biológicos y electrónicos), de manera que sólo habría una gran teoría unificada y un lenguaje común, a saber, los patrones inteligentes descubiertos en una información masiva que se procesa a sí misma mediante algoritmos capaces de aprender sobre la marcha y operar con autonomía. Luego el conocimiento y la sabiduría tradicionales serían innecesarios, amén de imposibles, dada la complejidad creciente del sistema autorreferencial de datos (Harari, 2016: 400s., 427). Y es que los *Big Data* no son más que el comienzo, aunque para comprenderlo hay que ir paso a paso ¿Dónde queda la autonomía humana ante una retroalimentación algorítmica infinita e independiente que puede decidir por sí misma?

2. Una posición compleja ante la tecnología

Conviene dejar claro que nuestra actitud nada tiene que ver con la *tecnofobia* ni con la *tecnofilia*, en sus diversas variantes. Hay abrumadoras razones antropológicas para suscribir que la vida humana es técnica o no es, a la vez que para criticar ciertas derivas unilaterales asociadas a ello (Espinosa, 1999). No obstante, afirmar que la tecnología es neutra y que todo depende del uso que se le dé parece demasiado cómodo y genérico, pues ésta impone condiciones sin posible marcha atrás, en particular cuando hay estructuras que penetran todos los ámbitos y dictan sus propias reglas, por ejemplo para que el sistema de producción y consumo no colapse. Incluso hay una raíz antropológica más profunda y es que “Pensamos, imaginamos y nos divertimos desde prótesis exosomáticas a las que no podemos renunciar y que, por muchas ilusiones que nos hagamos, no podemos controlar”; es más, muchos efectos de la tecnología “no pueden describirse como ‘funciones’ sino como marcos de percepción (y de comportamiento) y como ‘relaciones sociales’ y ‘estructuras materiales’, a igual título que las ‘relaciones de producción’ o las ‘relaciones edípicas’” (Alba Rico, 2015: 99). Lo técnico es tan insoslayable que la vida humana evoluciona y se construye -paradójicamente- mediante *prótesis* que luego se institucionalizan e independizan. Debe asumirse, por tanto, la presencia -objetiva a la par que interiorizada- de unos elementos tecnológicos tan imprescindibles como ambivalentes, dado que pensar a la altura de los tiempos no admite posiciones simplificadoras.

Hay registros existenciales en los que la tecnología no debería tener la última palabra, pero su papel de conjunto va mucho más allá de lo instrumental. En primer lugar, parece evidente que “Las ideas, juicios, creencias y mitos del hombre de hoy ya han sido modificadas por el medio técnico”, de manera que una parte relevante de sus “opciones y fines” se vinculan a “esa clase de progreso y felicidad” (Ellul, 2004: 114). Ahora bien, esto obedece a un camino histórico concreto y no a un *destino* ineluctable, como tampoco cabe contraponerlo a un genuino sujeto preexistente, luego pervertido por la tecnología. El daño estriba en que su protagonismo resulte excesivo e ideológicamente manipulado, hasta el punto de cubrir todo el horizonte de las metas y los proyectos sociales. Lo peligroso es pivotar sobre una visión reduccionista de lo humano, concebido sólo como *homo faber*, y que se dispare el poder ya existente e incontrolado de una “élite industrial-científico-militar” (Mumford, 2004: 100s, 109). De evaluar esta mezcla de aspectos teóricos y prácticos es de lo que hay que ocuparse.

Para ello no sirve una lectura metafísica, al modo en que Heidegger, Ellul o Borgmann alertan contra un hipotético determinismo tecnológico, o una histórica donde Adorno, Horkheimer, Habermas o Foucault ven sólo distopías. Por el contrario, desde una posición constructivista que se asienta en la contingencia del devenir, la tecnología debe considerarse como una dimensión sustantiva que contribuye a realizar el mundo de la vida -dado que ya incluye en sí misma valores, relaciones e intereses-, pues la gente la adapta a sus necesidades y significados vitales (Feenberg, 1999: X, 7, 11, 203ss, 210). Lo cierto es que coexisten los condicionantes objetivos y un margen de maniobra para las elecciones colectivas e individuales. De ahí que haya que diferenciar entre el punto de vista *estratégico* de la administración de los sistemas, que genera conocimiento y poder, y el punto de vista *táctico* de los particulares, que proceden fenomenológica y experiencialmente: lo primero resulta colonizador y opresivo, funcional y reduccionista, mientras que lo segundo puede liberar potencialidades del mundo de la vida; tales son los tipos de desarrollo posibles (Feenberg, 1999: 146, 197 y 222). He aquí el campo de los grises, no maniqueo, en el que desenvolverse, aunque tengamos que poner el acento en algunas amenazas concretas. Todo dependerá del poder respectivo de cada una de esas facetas y usos para imponerse.

Situado el discurso en un terreno no esencialista, conviene partir de lo antropológico para luego desembocar en el debate sobre la politización del tema. Es indudable que somos "seres biotécnicos que se autotransforman transformando el mundo" y que la tecnología ya es normativa y reflexiva, pues presupone y conjuga intención, decisión y eficiencia a la hora de imaginar posibilidades novedosas y así crear un "espacio de oportunidades"-otra cosa es que sean deseables o no- para resolver problemas y afrontar las múltiples situaciones vitales (Broncano, 2006: 151s, 73s, 56). Luego importa subrayar el vínculo previo entre la tecnología y una especie de razón práctica ampliada, donde las influencias mutuas son abundantes y los juicios de valor deberán establecerse según que se facilite o se constriña la libertad personal y colectiva, aparte de mejorar la calidad de vida.

En segundo lugar, el contexto tecnológico tiene carácter emergente, plural e imprevisible, por la interacción de "agentes, proyectos, conocimientos, artefactos informativos y producidos, instituciones, códigos, normas, medios de producción y circulación, usuarios y hábitos de uso", dando lugar a redes más o menos estables (Broncano, 2006: 92). Semejante entramado indica que nadie goza del control

exclusivo, cualesquiera que sean sus intenciones, lo que supone una ventaja emancipadora pero también ciertas dificultades de coordinación. Igual ocurre en los grandes asuntos públicos, cuyo aumento de factores y poderes en liza engendra una sana multilateralidad a la par que complicaciones a la hora de decidir o pedir cuentas. Por otro lado, las mediaciones tecnológicas son cruciales para el buen funcionamiento de las sociedades de la información, lo que hace aún más necesario un buen gobierno democrático y la implantación de la justicia también en ese campo, que sostiene al resto (ibid. 45ss, 55). Como se ve, el panorama está lleno de conexiones de ida y vuelta e intrincadas dependencias entre niveles.

Es claro que hay que preguntarse qué tipo de desarrollo tecnológico queremos y qué relación guarda con los derechos sociales y políticos, cuáles son los límites éticos de los negocios y dónde se vulnera el bien público, quienes dirigen esos procesos fundamentales y qué clase de legalidad existe para las nuevas situaciones creadas, etc. Y, más en concreto, qué instancias regulan el extraordinario poder de las corporaciones del ramo y cómo se salvaguarda la privacidad en la red... Cuestiones que atañen a la sociedad en su conjunto, sometida por lo demás a una creciente polarización del debate digital (según el Pew Research Center), a menudo zafio, agresivo y muy poco argumentado, y al crudo positivismo ambiental de una tecnología considerada inevitable y casi siempre benéfica (David Beas, *El País* 27-9-2014). Pero ya nadie puede suscribir ingenuamente las ideas de progreso indefinido y de triunfo final de la libertad. Lo preocupante ahora es que crece la presión tecnológica del entorno y/o el conformismo de muchos ciudadanos ante sus exigencias. Por no hablar de la *brecha digital* entre personas y países, que no sólo concierne al acceso sino a la gestión y generación de contenidos, lo que provoca gran desigualdad también en este ámbito.

3. Subjetividad, cultura-red y tecnología

Para situar el debate, conviene relacionar algunas características económicas y simbólicas del presente, cuyo núcleo común podría ser la dislocación de los vínculos sociales y la creciente instauración de estilos de vida precarios. En el bien entendido de que la grave recesión económica genera tanta pobreza y desigualdad porque las causas materiales (concentración de la riqueza, especulación, desregulación y

privatización) pesan mucho más que los genéricos factores morales o culturales a los que algunos recurren para desviar y diluir las responsabilidades. Todo ello refuerza una deriva social ya anterior definida por el descrédito de las diferentes *mediaciones* institucionales (normas, autoridad, educación, etc.) y de las *representaciones* de cualquier índole (epistémicas, políticas, estéticas), lo que da lugar a una conducta próxima a la anomia. Sin olvidar la mistificación cada vez más propagandística de los lenguajes públicos y una curiosa mezcla entre la *invisibilización* de los poderes (financieros y burocráticos) que no responden ante nadie y la *hipervisibilización* de la privacidad (en particular por medios digitales), a menudo marcada por el narcisismo exhibicionista (Espinosa, 2015). Lo que sigue resume algunos aspectos paradójicos que ilustran este marco general.

3.1. Se promueven unos modelos de excelencia que demandan a los sujetos una feroz competencia por empleos y recursos y, a la par, una obediencia sumisa a las condiciones de explotación laboral, si no quieren quedarse fuera del sistema vigente. Pueden ejercer cierta libertad en el plano íntimo, pero están faltos de verdadera fuerza solidaria y carecen de medios para desarrollarla en el ámbito público. Por otro lado, el descenso de la coacción normalizadora de antaño en comportamientos y creencias se compensa con la utilización de las emociones para crear un tipo de sujeto inconsistente y voluble. La impronta capitalista sobre afectos y sentimientos consiste en estandarizarlos y mercantilizarlos, aparte de primar los lazos superficiales “como estrategia para manejar las emociones” y así adaptarse mejor a la inestabilidad social y económica del propio sistema (Hochschild, 2008: 124 y 186). El debilitamiento emocional es el precio pagado y la abundancia de posibilidades no se corresponde con la capacidad efectiva de llevarlas a cabo, mientras que la pérdida de cohesión social promueve la vulnerabilidad de sus miembros y la mutilación afectiva destruye al sujeto por dentro.

Vale la pena citar por extenso a Jorge Riechmann: “El neoliberalismo no es sólo una forma de gestión político-económica: es una cultura invasiva que coloniza hasta el último resquicio del mundo humano, y especialmente nuestras mentes. Competencia generalizada, el ser humano como empresario de sí mismo que ha de ‘poner en valor’ sus capacidades, mercantilización general de las relaciones humanas, reducción del ciudadano a *Homo economicus* sin atributos, creciente irracionalidad e infantilización de la vida social...Una cultura que ensalza las ‘salidas’ individuales

a los problemas sociales y culpabiliza hasta el extremo a aquellos seres humanos que se quedan en las cunetas de un sistema socioeconómico que les perjudica objetivamente; una cultura, en fin, que desprecia profundamente las ventajas de los vínculos colectivos y los valores comunes para hacer frente a los asuntos que son de todos y cada uno. La potencia de esta `nueva razón del mundo´ es acaso el obstáculo mayor para que podamos salir de la trampa donde estamos presos” (Riechmann 2015: 208). De modo que el deterioro de las condiciones de vida es parejo a una desestructuración generalizada en sentido objetivo y subjetivo, ya sea en clave social, sentimental o ideológica.

El poder económico tiende a apropiarse aún en mayor medida de la esfera simbólica, sobre todo mediante el control de los medios de comunicación y la generación de narraciones sobre lo acontecido, amén del mundo de las ficciones y del espectáculo. De manera que lo que Habermas llama “los espacios públicos” policéntricos que permitirían en alguna medida ejercer “el saber reflexivo de la sociedad global” inaugurado por la Ilustración (Habermas, 1989: 425) resultan en parte cegados, comprados o secuestrados, reduciéndose mucho su pluralidad. La censura indirecta es más sofisticada y útil cuando se une a las limitaciones materiales de tipo económico y político. Así ocurre al (des)informar mediante la distracción que satura la mente con trivialidades y con el ubicuo *amarillismo*, al *fixar la agenda pública* y los parámetros de las cuestiones, al producir una ingente cantidad de modas efímeras de todo tipo, o al reducir muchas dimensiones de la vida colectiva al imperio de lo estadístico y de lo icónico...

M. Castells ha mostrado con detalle los estrechos vínculos de carácter oligárquico y oligopólico entre los poderes económico-políticos y los de la comunicación, con el consiguiente perjuicio de la esfera pública, del debate y la transparencia (Castells, 2009). Una vez más, las herramientas susceptibles de un uso autorreflexivo y emancipatorio acaban demediadas y frustran la promesa de la ilustración. La alternativa parcial sería la existencia de redes cosmopolitas de ciudadanos conscientes y conectados -según indican el propio Castells (pp. 72-85) o Hardt y Negri (2011: 354s y 364)-, que contrapesen ese abuso y desarrollen otras modalidades de poder bien canalizadas en la praxis. Pero, a pesar de algunos éxitos, hay que recordar que la red es un ámbito pre-político, sin acuerdos ni reglas generales, con agentes divididos según múltiples relatos y contextos, dentro del palimpsesto digital, sólo unidos eventual y efímeramente. No cabe construir sobre esa base la civilidad, por

buenas que sean las intenciones y ciertos logros puntuales. Razón de más para que, sin negar por completo esa vía, se investiguen después sus condiciones de posibilidad y otros requisitos.

Lo que toca enfrentar es un duro rival, más interno que externo: el mecanismo *psicopolítico* que guía al sujeto contemporáneo, una vez que el modelo neoliberal consigue que él mismo sea quien se explote sin limitaciones ni reservas, aceptando libremente el imperativo de productividad y autocontrol. En palabras de Byung-Chul Han, "La psicopolítica neoliberal está dominada por la *positividad*. En lugar de operar con amenazas, opera con estímulos positivos. No emplea la 'medicina amarga', sino el *me gusta*" (Han, 2014: 57). Sibilina violencia inteligente que no reprime sino que estimula, dirigida primero hacia dentro y hacia fuera después, mientras promete felicidad y autorrealización, es decir, consumo y reconocimiento. Uno se convierte en empresario y vendedor de sí mismo, paradójicamente aislado en medio de la masa conectada y enfrentado a los demás en competencia sin fin. Ya no se trata de la regimentación del cuerpo que explicaba la vieja *biopolítica*, sino del *formateado* de la conciencia que obedece y trabaja para medrar dentro de un modelo que apenas percibe como alienante y donde uno se desahoga a través de redes que sirven fielmente a ese mismo orden.

La gestión de la visibilidad en la red es bastante más que una afición, pues se hipoteca la vida a esa gran "industria del yo" hecha de representaciones e imágenes adocenadas, además de regalar la propia intimidad: "La red se convierte en vivero de deseo, al servicio de los poderes que programan y gestionan con distintos fines, identificando y valiéndose de las elecciones y gustos a través de nuestras huellas online; de un deseo educado a base de reiteración e imagen, persiguiéndonos allí donde vamos" (Zafra, 2015: 92, y antes 42, 44, 56, 173). Identidad y deseo insaciable sometidos a la lógica cuantificadora de lo más visto, donde muchos contribuyen de buen grado al sistema explotador: son los *prosumidores* (producen y consumen simultáneamente) que llenan de contenidos las redes sociales, creyendo que se benefician a sí mismos. El resultado económico es que, según cálculos de Eli Pariser, activista de Internet, cada usuario aporta indirectamente unos 500 dólares al año a Google, pues esta empresa y Facebook o Twitter cobran por dejar que otras compañías usen los datos que ellas recopilan (*El País Semanal* 7-12-2015, p.43). Incluso se prevé que en el futuro se negocie con informaciones "empaquetadas" de usuarios en los mercados de valores (*El País Negocios*, 19-3-2017, p. 6). Estamos vendidos.

3.2. Dado un contexto social en el que las formas de cohesión se truecan en un estallido de fragmentos tan plurales como informes y desvertebrados, donde lo que se valora es el triunfo a toda costa en vez del *cuidado* mutuo sin rentabilidad (en Silicon Valley se ofertan ahora robots para asistir a ancianos), la tecnología juega un papel aún más decisivo porque se le atribuye un *aura* y una eficacia compensatorias. La digitalización ofrece un rendimiento extraordinario en todos los órdenes, pero su importancia rebasa lo pragmático y ocupa lo simbólico, hasta convertirse en seña de identidad personal e incluso en una especie de religión, con su culto y sus profetas (como demuestra el caso del idolatrado Steve Jobs y otros *gurús*). En cierto modo, parece la expresión predilecta y la actual mano ejecutora de la "religión capitalista" (Hochschild, 2008: 212), cuyo último mandato universal es el *emprendimiento*, por cierto, que a todos salva mediante el debido sacrificio previo y el uso conveniente del vehículo tecnológico.

La vida es inconcebible -en los países del Norte- sin la esfera digital, una vez que ha alcanzado el rango de precondition de sentido para casi todo. Y es que el miedo ante supuestas amenazas y la búsqueda difusa de salvación en cualquier ámbito manda en el subconsciente de muchas personas, pero ahora con rasgos específicos: "Existe una sintonía entre la compulsión por la salud y la seguridad, y la posibilidad de control total que nos ofrece el universo, brillante y perfecto, que desfila por las pantallas" (J. Soler, *El País* 30-3-2014). Confianza ligada a la *pureza* digital, con su punto de ascesis gnóstica ajena a las manchas y defectos ordinarios de la materia, además de la sensación de poder que proporciona tener el mundo al alcance de un *click*. Claro que a costa de eliminar la corporalidad de los contactos, de vaciarlos del calor, la *suciedad* y el misterio de la vida, aquello que no puede ser transmitido, gestionado ni formalizado asépticamente. Baste recordar, por ejemplo, que más de la mitad de la comunicación entre personas es no verbal y que se pierde por el camino telemático.

A cambio, hay recompensas en forma de una construcción de la identidad y del estatus a medida: si la tecnología modifica el mundo de la vida, lo novedoso es que los artefactos digitales aúnan diseño y capacidad autoexpresiva, estética y realización, de un modo más concentrado e intenso. Lo que los erige en epítome de un proceso tan antiguo como el ser humano: "La tecnología crea el artefacto y al tiempo crea al usuario (...) una coevolución de la creatividad del diseño y de la creatividad del usuario"; hasta el punto de que los artefactos (simbólicos, técnicos y

comunicativos) no sólo incorporan cultura, “sino que materialmente son capaces de cambiar las mentes que crean y transmiten la cultura” (Broncano, 2006: 90 y 91). Interesa por tanto la retroacción entre sujeto y objeto, donde el efecto tecnológico se vuelve sobre la causa humana y la transforma. En nuestro caso, los terminales digitales se convierten en apéndice portátil del individuo y están presentes en todo momento y circunstancia, a lo que se añade la versatilidad extrema de sus funciones y la capacidad de ocupar buena parte de las experiencias cotidianas. (Compárese con el automóvil, tan importante en la cultura occidental, para apreciar a fondo las diferencias cuantitativas y cualitativas al respecto). De ahí que la palabra “usuario” se quede corta y haya que hablar de la antropología del *homo digitalis*.

Cabe añadir que la red -escenario privilegiado para las interacciones de todo tipo- también acoge la *teatrocracia* de los poderes sociales, donde al viejo “espectáculo ceremonial” (fiestas oficiales, boato, arte propagandístico, folklore, manifestaciones civiles, militares y religiosas...) se añaden las imagerías globales de la prensa, la TV y los particulares que usan instrumentos digitales. Al final, dado un motivo cualquiera, “El mundo se reduce cada vez más a su propio espectáculo y a las figuras abstractas que la maquinaria informática transmite” (Balandier, 1994: 144 y antes 54, 41). Pero la red no sólo muestra la puesta en escena, sino que añade elementos como la interactividad y la estadística de los acontecimientos en términos de visitas, amén de multitud de comentarios y valoraciones, mensajes y reproducciones virales, chats u otros espacios..., de manera que los terminales multiplican las causas y los efectos sociales. Todo ello alcanza así un potencial de representación y juicio que subraya la visibilidad de ciertos contenidos y agentes, la posible crítica, el adoctrinamiento o la movilización, el intercambio o la capacidad de ejercer presión... Hay un gran avance en conectividad, pluralismo y disposición activa (frente a la pasividad del espectador de antaño), lo que da algunos frutos importantes, pero a menudo se trata de algo fugaz y que se agota en sí mismo.

Esta manera de influir y compartir imaginarios lleva en ocasiones a creer que los espacios públicos decisorios son las redes sociales, cuando está lejos de ser cierto. Es muy difícil que la efervescencia de los cibernautas sirva para afrontar problemas a largo plazo, en particular los de gran escala. Cabe incidir en la marcha de las cosas, claro, pero hay una confusa mezcla de factores que impide valorar hasta dónde se llega y suele faltar un seguimiento adecuado. Tampoco ahora vale creer en los milagros, cual variante digital de la famosa *religión de la tecnología*

denunciada por D. F. Noble; y además toca pasar con mayor eficiencia y clara delimitación de objetivos a la acción: saber qué mediaciones teórico-prácticas deben introducirse y canalizar institucionalmente aquellas actividades virtuales para hacerlas más consistentes.

Tomemos dos tipos de ejemplos muy ilustrativos: entre 2010 y 2015 el porcentaje de la población mundial con teléfono móvil ha pasado del 19% al 78%, los usuarios mensuales de Facebook han subido de 600 a 1600 millones, en YouTube antes se recibían 24 horas de vídeos cada minuto y ahora 400 horas/minuto, la transferencia general de informaciones entre individuos y organizaciones se ha multiplicado por veinte..., lo que son botones de muestra de un salto rápido y enorme en términos de aparatos, intercambios, usos y costumbres, etc.; mientras que, en otro orden de cosas, el Informe Anual de Riesgos Globales elaborado por 750 expertos señala que los grandes retos mundiales son hoy el cambio climático, la proliferación de armas de destrucción masiva, los conflictos por la escasez de agua y las migraciones forzosas (M. Naím, *El País* 14-2-2016 y 17-4-2016). Por un lado, hay que comprender a fondo la diferencia cualitativa entre ambas clases de hechos y, por otro, abandonar de una vez el mito del progreso asegurado, ahora mediante el reencantamiento tecnológico del mundo. Por decirlo en una fórmula palmaria: nunca habrá agua digital. El triunfalismo confunde los medios con los fines y cae en "la locura del *solucionismo* tecnológico" (Morozov, 2015), mientras que la digitalización es un ingrediente utilísimo pero que debe situarse dentro de unos complejos dispositivos socio-políticos que le proporcionen fines y verdadero sentido transformador.

Por eso hay que modificar y enriquecer políticamente la cultura-red, pues no basta con crear las muy necesarias plataformas de activismo o apoyo solidario, pongamos por caso, sino que hacen falta otros elementos estructurales, como los controles democráticos sobre los negocios digitales que trafican con datos masivos (*Big Data*); o crear narrativas comunes a muchas personas que articulen un poco más la vida y tengan fuerza de arrastre frente a la fragmentación; o, bajo otro aspecto, combinar la impronta atemporal e inextensa de los contactos digitales con los proyectos de largo aliento y las circunstancias físicas de los conectados; y, por supuesto, asegurar siempre la libertad de circulación de los mensajes y su confidencialidad.

3.3. De momento, conviene salir al paso del perjuicio cognitivo que sobreviene al abusar de los recursos digitales (ya sea por el aislamiento, la práctica continua de la multitarea o cualquier otra sobre-estimulación), patente con frecuencia en fatiga y ansiedad, falta de concentración sostenida y de reflexividad, o dificultad para profundizar en algo..., lo que suele desembocar en dispersión mental y superficialidad (Carr, 2011). Estos daños generan a la larga un desequilibrio psíquico e intelectual innegable, donde no cuenta la memoria propia y se carece de perseverancia para los procesos analíticos del pensamiento, además de otros posibles bloqueos. Si no hay patrones mentales estables de organización y asimilación, difícilmente se llegará al conocimiento que discrimina los datos. Una vez más, el problema está en abandonarse y delegar demasiado en la tecnología, cediendo lo que no se debe.

En cambio, sería de la mayor importancia desarrollar las formas de "inteligencia colectiva" que la red potencia -el todo es más que la suma de las partes-, cual herramienta capaz de generar sinergias, reducir errores y abordar problemas comunes de mayor envergadura. Los grupos, que deben ser bien seleccionados, son más creativos al integrar capacidades y recursos, de manera que esa inteligencia suma "sistemas de atención" compartida, "sistemas de memoria" para almacenar y recuperar información, y "sistemas de resolución de problemas" mediante una coordinación que actúa en pos de metas determinadas. Su puesta en práctica gracias a la tecnología digital permite, por ejemplo, resolver problemas científicos o empresariales, debatir y acordar por los ciudadanos el presupuesto de grandes ciudades o realizar notables trabajos colectivos como *Wikipedia*. Los beneficios son incuestionables siempre que haya procesos de revisión de resultados y una eventual reorganización de los elementos en juego para avanzar. "Sin embargo, estas tecnologías facilitan y dificultan la atención al mismo tiempo; muchas veces, la posibilidad de acceder a la información almacenada en una inmensa memoria en la *nube* y de comunicarnos con cualquiera prácticamente en cualquier parte nos dispersa" (A. Williams Woolley, *El País* 31-1-2016). Luego importa potenciar los puntos fuertes, sin olvidar la mejora de los débiles, para lo que ayuda distinguir otra vez entre los medios y los fines, entre lo accesorio y lo prioritario.

Detengámonos en el tema de la *atención*, ya aparecido en varias ocasiones, porque resume las cuestiones sobre la formación de la subjetividad, la cultura-red y la tecnología digital. Junto a la dispersión/absorción de las mentes y la saturación indiscriminada de estímulos, hay que considerar su valor económico y político. En un

mundo globalizado e interdependiente existe una pluralidad de “espacios, tiempos y lógicas”, de modo que la fragmentación de instancias se compensa mediante incesantes filtros y llamadas de atención: “En última instancia, estamos construyendo un mundo que consta de percepciones, sentimientos y representaciones. La visualización de la sociedad ha dado lugar a un entramado social en el que lo decisivo es si se observa o no, cuándo y cómo se hace uno ver o consigue pasar desapercibido”; lo que finalmente convierte la atención en el bien máspreciado, equivalente informativo del dinero y fuente de negocio (Innerarity, 2004: 108, 131 y 134). El sello visual *-ocularcéntrico-* que impone el mundo de las pantallas se traduce en un poder que busca tanto la visibilidad como la ocultación, ver siempre pero elegir ser visto o no. Algo que a su vez reclama la mirada (y los datos) del *público*, no la participación de la *ciudadanía*, ya sea para deslumbrarlo u operar desde la sombra. Unos construyen redes y otros son atrapados en ellas, aquellos dirigen la atención y estos tienen miradas absortas.

La subjetividad, en fin, se moldea por una socialización vinculada a la cultura-red, sea en términos públicos o privados: de producción y consumo, de ocio y trabajo, con el establecimiento de hábitos mentales y costumbres cotidianas, mediante relaciones afectivas, accesos filtrados a la información, las representaciones del mundo y el poder, con atención dirigida y reflexividad fragmentada... Las posibilidades de toda índole son casi ilimitadas, pero los mecanismos socio-políticos de emancipación lo son mucho menos, sobre todo cuando el neoliberalismo encuentra ahí un instrumento privilegiado para colonizar la existencia y seguir expandiéndose. De nuevo se dirá que todo depende del uso que se dé, pero las cartas están marcadas...

4. Seguridad y libertad digitales: los desafíos políticos

Cuando gran parte de las infraestructuras de todo tipo dependen directa o indirectamente de los medios digitales, no se puede dar marcha atrás o introducir grandes cambios, entre otras cosas porque los sistemas se han independizado del gobierno humano, al menos directo, y más aún de la supervisión pública: son los llamados “sistemas expertos” en la industria, las transacciones financieras robotizadas de la bolsa, las red eléctrica o de abastecimiento de agua, la regulación del tráfico y las comunicaciones... No se trata sólo de que la electrónica y la automática

-sustentadas ambas por la informática- actúen por sí mismas, sino también que las inmensas redes de conexión y autogestión están integradas, dependen de complejísimas interacciones y, además, responden a intereses determinados. Es obvio el protagonismo de las grandes corporaciones, sean las que se dedican al mundo digital, las que suministran materiales y componentes o las entidades que sufragan la innovación a gran escala. Sin olvidar el papel histórico de promoción, inversión y compra jugado por ejércitos y servicios de seguridad. En resumen, el complejo militar-industrial-científico converge en la digitalización y no para de crecer.

Estos sofisticados engranajes contribuyen a la *aceleración* de la historia y renuevan el mito del progreso sin límites. Y el problema es que impera un modelo fáustico que consiste justamente en rebasar todo límite moral y material, una vez que la hipóstasis de un futuro promisorio y creado de nueva planta elimina posibles contrapesos. Luego fallan los “frenos de seguridad” que podrían ser la preservación de la densidad antropológica acumulada en la hominización o de los equilibrios bio-geo-físicos de la naturaleza, en aras del beneficio económico (Alba Rico, 2015: 124). Hay demasiada prisa por vaciar de contenido ciertas tradiciones y valores para reescribir el mundo, por convertir los bienes en meros recursos y por saltar cualquier barrera solidaria de contención. La coartada empleada, claro está, es el bienestar ya conseguido y que el avance científico-técnico proporciona valor añadido a todo, especialmente en la búsqueda de salud y seguridad colectiva. Lo que no se cuenta es la gigantesca explotación de personas, seres vivos y ecosistemas, con el resultado de una desigualdad galopante y un poder de vigilar que rebasa al viejo panóptico.

4.1. Nadie niega los beneficios múltiples de la red, considerada ya como bien común de primer orden e instrumento de la inteligencia colectiva. Como se ha entrevisto, también sirve para generar nuevas formas de mediación y participación democrática, de presión e influencia, de creación de espacios alternativos, etc., que podrían ayudar a otro reparto del poder, sin descartar formas tasadas de democracia directa -compatibles con la representativa- para ciertos asuntos (Subirats, 2011: caps. 3 y 4). Con todas las cautelas del caso, como una encriptación segura, cabe asumir el respaldo tecnológico a formas de acción social orientadas a la defensa de lo común, que se definiría como lo más valioso pero no mercantil: la *ecosfera*, la solidaridad, la cooperación, el cuidado mutuo, la educación... En línea con lo

indicado, hay vías digitales emancipatorias que explorar, aunque sin caer en una suerte de *ciberasamblearismo* demagógico e incompetente. Son muchos los autores que avisan contra una actitud ingenua y utópica, pues las buenas iniciativas deben enfrentarse a fuerzas tremendas y a las propias carencias de sus actores. Como es sabido, uno de los peligros mayores es la denominada *sociofobia* (Rendueles, 2015), que consiste en eludir el contacto humano y político directo, confiando demasiado en la red y cayendo así en un *ciberfetichismo* que nada resuelve, sino todo lo contrario.

La búsqueda compartida de libertad y justicia no puede quedarse en el ámbito prepolítico de Internet, seductor pero *salvaje* y confuso, sino que debe volcarse en las instituciones políticas, sin postergar el muy imperfecto y problemático *mundo analógico*. Otra cosa es la evidente necesidad de reformarlo, algo tan deseable como arduo y resbaladizo. Pero el ciberespacio carece de tiempo o memoria comunes y no es una *polis* sometida a reglas y coordinación, por lo que sólo valdría como complemento para una *acción comunicativa* genuina. Allí el individuo no *pertenece* a ninguna instancia, sino que sólo *comparece* en él (lo que libera y desarraiga, añadido), de modo que la multitud que colabora -eventualmente- no está en condiciones de hacer triunfar “lo común” (Zafra, 2015: 18, 129, 156ss). La eficacia política exige alguna cesión consentida de libertad y mucho compromiso, así como instituciones fuertes y planes cuidadosos. Tampoco vale usar la metáfora ecológica, pues la red no es un ecosistema que integre los circuitos sostenedores del conjunto, sino que prima el derroche de unos excedentes simbólicos que apenas se depuran o reciclan. Además, la exigible responsabilidad ciudadana implica contar con algunas actitudes y aptitudes básicas, tales como cierta capacidad de argumentar y deliberar, atender las razones ajenas, empatía y respeto, no bilis ni desbordamiento emocional...

Sin embargo, hoy parece emerger “una sociedad donde la indignación va seguida de pasividad, donde hay una mera declaración de emociones sin ‘nervio’ ético-político, sin acción: una sociedad de espectadores hiperemocionales. Podría decirse que, en Internet, ese esquema sigue presente, pero la complejidad es mayor porque ahora los espectadores son también actores que *performan* sus emociones. Por otra parte, la red también canaliza la acción, incide en el mundo real al globalizar la información y la interactividad. Sin embargo, se trata de emociones cada vez más abstraídas de su contexto corporal, cognitivo y sociocultural. Las emociones están por todas partes, e Internet no es una excepción, pero ¿contribuyen a vincularnos a la realidad o estamos ante una hiperemocionalidad autorreferencial?” (Gómez

Cabranes, 2013: 238). Tales son los claroscuros de un medio útil y limitado a la par, plagado de gritos y desahogos testimoniales. Las emociones son tan imprescindibles como frágiles ante la manipulación, si no van acompañadas de un marco conceptual crítico y de mecanismos equilibradores que las canalicen. Si todos los populismos totalitarios lo saben bien, según vemos a diario, la red no va a ser la excepción.

Es necesario reflexionar sobre las vías para lograr alguna autoconciencia global, más allá de la mera interacción de los subsistemas (políticos, económicos, científico-técnicos...), al modo en que Habermas rectifica el antihumanismo de Luhman: sumados los espacios públicos de debate, podría alcanzarse cierto saber de la sociedad sobre sí misma y “Mediante esta conciencia común, por difusa que sea y por variopinta que sea en su interior, la sociedad global puede distanciarse normativamente de sí misma y reaccionar a percepciones de crisis (...) (con) procesos de formación de la opinión y de una voluntad común (...) que se hallan próximos al mundo de la vida” (Habermas, 1987: 443). A ello debe contribuir la red, sin duda, a condición de que encaje dentro de un conjunto mayor de interacciones y se someta a las instituciones, aún por reformar y enriquecer. Los gravísimos problemas ambientales y sociales del presente demandan como nunca esa re-visión y una cercanía mayor al mundo de la vida, a lo no dictado por la inercia de los sistemas tecnológicos y simbólicos puestos en marcha.

La libertad de los ciudadanos no es compatible, por un lado, con el afán de transparencia plena del mundo digital y, por otro, con el sentimentalismo que incurre en nuevas formas de lo gregario: “el *me gusta* es el amén digital. Cuando hacemos clic en el botón de *me gusta* nos sometemos a un entramado de dominación. El *Smartphone* no es sólo un eficiente aparato de vigilancia, sino también un confesionario móvil. Facebook es la iglesia, la sinagoga global (literalmente, la congregación) de lo digital” (Han, 2014: 26). Este supuesto consuelo *a la carta*, en el seno de una comunidad neorreligiosa complaciente, discurre por canales preestablecidos de negocio y control, es decir, cuenta con una jerarquía que administra los sacramentos del sistema y recaba información de sus miembros. Los *prosumidores* hacen buena parte del trabajo a quienes sacan rédito de sus vidas y, aunque la respuesta no deba ser el *idiotismo* o aislamiento del que hablaban los griegos y que recomienda Han en otro momento, pues aniquilaría la interacción cooperativa, sí parece aconsejable filtrar unos mensajes que a menudo, ellos sí, son idiotas y encarnan de manera perfecta aquello de *mucho ruido y pocas nueces*.

Si se busca remedio en la educación, habrá que tener cuidado con el tipo didáctico elegido. Internet y los dispositivos inherentes son valiosos, pero no están exentos de significado político y de un sesgo implícito del aprendizaje. Ahí operan, como es sabido, unos algoritmos de búsqueda y selección de materiales que se hacen pasar por los únicos posibles, cuando lo cierto es que están regidos por una lógica y una hermenéutica particulares. La red educativa tiene entonces bastante de red comercial, pues trasluce ciertos modelos ideológicos y empresariales, tanto en la forma como en el fondo de las presentaciones digitales. Detrás de las TIC también hay poderes e intereses concretos, al servicio de unos diseños conceptuales y emocionales, semánticos e interpretativos, dotados de fuerza subliminal. El resultado es que lo real y lo imaginario confluyen en ambiguas zonas virtuales ligadas a ciertas entelequias, modas, productos o servicios prefijados, que pueden crear falsas identidades en niños y jóvenes (Llanos 2015: 183ss). Quizá esta varita mágica de la enseñanza no lo sea tanto y la calabaza de una ilustración siempre mejorable no se convierta en carroza por el simple imperativo tecnológico. El proceso educativo es lento y aúna racionalidad y madurez emocional, sin que pueda manufacturarse para buscar atajos. Por no entrar en que no es la panacea para todo, como suele decirse, ni disponemos de tiempo ante ciertas emergencias globales.

4.2. La tecnología es multívoca y se predica, como el ser, de muchas formas, más aún en el caso digital. Utilidad y seducción van juntas en la *cibercultura*, junto a eventuales alienaciones en diferentes respectos, cuando ya se habla del *homo netizens*, aunque más que ciudadanos seamos meros habitantes de la red que pierden derechos. Luego es hora de incidir en otra faceta política que condiciona lo anterior: el espionaje masivo y global que desde las revelaciones de Snowden (antiguo analista de la NSA estadounidense) es mucho más que una hipótesis verosímil. Nos consta "que las nuevas fuentes del poder contemporáneo se mueven en los aparentemente opacos pasillos electrónicos" y aprendemos que nunca habrá suficiente democracia cognitiva sin resistencia civil y una sólida defensa ante aquello (Broncano, 2006: 58). El debate público está en marcha y hacen falta más argumentos e intervenciones políticas que defiendan la libertad digital frente a los inmensas presiones en contra, sea por motivos de seguridad o intereses económicos, ligados a la *ciberguerra* o al espionaje comercial.

La voluntad de poder pocas veces ha estado mejor aliada con la voluntad de saber y eso constituye un problema ético-político de alcance mundial. El Estado de derecho llega con retraso a estos ámbitos y en el mejor caso opone una barrera más teórica que efectiva, pues infinidad de agentes de la vigilancia global escapan a la supervisión jurídica y democrática. Además de las partes ocultas y delictivas de la red (*deep* y *dark web*, que supondrían el 96% de internet), de acceso muy restringido, hay motivos de sobra para temer los actos ilegales ejercidos en despachos oficiales, sean de ejércitos o servicios de inteligencia, así como de empresas y grupos de particulares. Lo peor es que muchas de esas prácticas son consideradas ordinarias y triviales bajo el marchamo de la seguridad nacional o de la propiedad corporativa. Pero es que ya en un nivel previo, como resume el axioma *Code is law*, "la arquitectura y las reglas del código informático (...) establecen, de facto, las reglas sociales del juego; una especie de legislación paralela que rige múltiples aspectos de nuestras vidas digitales" (David Beas, *El País* 13-3-2016). Todo se deriva de ahí, con lo que desde el primer momento los ciudadanos están en manos de quienes proporcionan los soportes estructurales, que después serán instrumentalizados por aquellos agentes diversos.

De otra parte, las grandes empresas consideran que el manejo estratégico de datos masivos es algo imprescindible (*Big data is big business*), hasta el punto de que transforma sus negocios y, en consecuencia, dirigen sus inversiones básicas hacia ello. Las ventajas para la mejor gestión de ciertos servicios son claras, pero el riesgo para su privacidad también y hay directivos que reconocen que un uso ético de los datos supone una desventaja competitiva frente a quienes no actúan así (*El País Negocios* 21-2-2016). La recolección de las huellas digitales que los individuos dejan constantemente en el ejercicio de sus libertades escapa a su control, bien porque no tienen los medios legales y técnicos para ello o porque se desentienden del asunto. Y, en ambos casos, el hecho es aprovechado -con la meliflua excusa del *marketing* universal- por quienes sí tienen la voluntad y los recursos para explotarlos. Al cabo, lo que está en juego es hacer de la libertad de expresión y de la privacidad un círculo fecundo de derechos o uno vicioso de pérdida de los mismos (Garton Ash, 2016). Y esto segundo va ganado sin duda.

Se dirá con razón que, en un examen de mayor alcance y perspectiva, el análisis masivo de datos agregados abre nada menos que un mundo nuevo de conocimiento que ayuda a evitar los errores humanos -los algoritmos son más objetivos e imparciales-

y puede servir al bien social en muy diversos campos (generar modelos de toda índole, predecir tendencias en enfermedades, emisiones de gases, tráfico, pautas económicas, criminalidad, estudio de daños y catástrofes, etc.). Los beneficios son indiscutibles, pero es obvio que los riesgos son proporcionales: mayor amenaza a la privacidad, asimetría decisiva en el acceso a los datos procesados, opacidad (intencionada o no) de los algoritmos que lo sostienen todo y uso desviado o discriminatorio de los mismos, pues siempre hay alguien que programa e interpreta (Nuria Oliver, *El País Ideas* 26-3-2017). No pretendemos zanjar tema tan complejo, que en parte escapa a nuestro enfoque *antropolítico* y que merece más desarrollo, pero si ponemos ejemplos será más fácil ver sus implicaciones.

El famoso término *Big data* abarca tantos elementos (incluido el autocontrol personal en forma del cotidiano *quantify self* sobre constantes vitales, ejercicio, recorridos, etc.) que, según IBM, si todos los bits y *bytes* de datos sólo del año 2015 fueran guardados en CD, se crearía un puente de ida y vuelta entre la Tierra y la Luna. Su volumen e impacto no hará sino crecer cuando desaparezca el dinero en metálico en beneficio de las transacciones digitales o se implante la combinación de *Big data* y el *Internet de las cosas* (conectadas automáticamente por sí solas), lo que supondrá nada menos que la cuarta revolución industrial, después del vapor, la electricidad y la informática (Tascón y Coullaut, 2016). Baste recordar que las eSIM o tarjetas virtuales (en lugar de físicas), que serán implantadas a partir de 2017 en los teléfonos, permitirán un incremento exponencial de las aplicaciones electrónicas y de las comunicaciones "máquina a máquina" (M2M), lo que incluye por ejemplo la lectura automatizada de contadores, alarmas, historial sanitario, vida asistida, ciudades inteligentes, hogares y vehículos, etc., y que la previsión a medio plazo habla de miles de millones de dispositivos conectados. Luego la historia no ha hecho más que comenzar y la telaraña de datos será ilimitada, lo que desemboca en una vulnerabilidad máxima, a la vista de que la delincuencia especializada también podrá *hackearlo* (Goodman 2016). ¿O habrá encriptación generalizada?

El ciudadano es arrastrado por este proceso vertiginoso y apenas conoce la entraña de la tecnología que tanto le afecta. Empieza a enterarse -y ya dice desconfiar de los *Big Data*, según encuestas recientes- de que sus llamadas y actividades digitales dejan rastro y están monitorizadas con detalle (qué, cuándo, cómo, con quién), amén de que su posición es obtenida mediante el GPS que incorporan el *Smartphone* y muchas aplicaciones gratuitas, o que ofrece abundantes indicios

sobre sus gustos, contactos, visitas a *webs* o lugares físicos; edad, raza y género; compras y movimientos bancarios; expediente médico, laboral y judicial; aspectos familiares y ligados a propiedades...Son los famosos *metadatos* que rodean los contenidos expresos que supuestamente permanecen confidenciales, aunque nada permite asegurarlo. Metadatos almacenados en una *nube* no precisamente etérea, pues la infraestructura ocupa millones de metros cuadrados en espacios gigantescos (Google dispone de servidores suficientes para almacenar 15 exabytes, cada uno equivalente a 500.000 millones de páginas de texto). Ahí cabe todo, siempre recuperable y eventualmente utilizable a favor o en contra de cada uno.

El resultado es que gran parte de la identidad personal queda fijada en la red y que esa masa ingente de información es analizada gracias a complejísimo algoritmos que la tabulan y clasifican. Según la Comisión Federal de Comercio de EE.UU, las empresas que se dedican a ello -las *Data Brokers* o agentes de datos- relacionan tantos elementos digitalizados provenientes de instituciones públicas y privadas que cada ciudadano de ese país está asociado a unos 3000 fragmentos de información de promedio, sin saberlo. Se cruzan registros civiles, administrativos, mercantiles, penitenciarios, médicos, etc., así como las relaciones particulares entre centenares de millones de personas, las gestiones electrónicas, las visitas a *webs* y demás fuentes de información..., todo lo cual permite radiografiar con asombroso detalle la vida de la gente. Por no hablar de otro campo complementario, los millones de cámaras (unos 250 millones en todo el mundo) que vigilan permanentemente espacios públicos y privados (*El País Semanal*, 14-2-2016, pp.42ss). Una vez más, todo eso ayuda a protegerse o castigar delitos, proveer servicios personalizados, optimizar sistemas, ahorrar energía..., pero ¿y los perjuicios y amenazas?

El mundo digital nunca es neutro o inocuo y lo obtenido es muchísimo más que un retrato robot de los individuos. Cada vez quedan más cosas registradas, a un coste muy bajo, hasta sumar los 76 exabytes que han circulado en 2015 por la red, según Bruce Schneier, para quien esto suprime el anonimato y convierte a cualquiera en un "libro abierto" ante gobiernos y empresas, haciéndole susceptible de cualquier discriminación (laboral, en seguros...), chantaje o ataque, con el daño general que supone para la democracia y las libertades fundamentales (Schneier, 2015). El problema es que no hay voluntad firme de regularlo, amparándose en que se perderían negocios, comodidad, servicios, innovación, ventajas prácticas, seguridad o confianza. Por supuesto que la privacidad completa es imposible y que los propios

individuos la malbaratan muchas veces, pero dejar abierto ese gigantesco boquete para la intrusión en nuestras vidas parece sencillamente suicida. Es necesario un debate que desemboque en una regulación pública o *Data governance*, especialmente en temas sensibles.¹ Y si no vale limitarse a un análisis pesimista del asunto, dada la diversidad de aspectos que incluye el presente histórico, mucho menos ponerlo todo en función de los costes y beneficios económicos. Las apelaciones al terrorismo y asuntos similares sólo sirven hasta cierto punto, pues también cabe pensar qué ocurrirá cuando se amplíen (algo que parece probable, desgraciadamente) los estados de excepción que ya padecemos y la simple disidencia se considere aún más punible. Si la actual promoción del miedo generalizado hiere la convivencia, no digamos ya la represión directa y generalizada...

A lo que debe añadirse las intromisiones propias de mafiosos, se llamen espías o ingenieros sociales. Los hechos probados están ahí y cualquiera puede ser el blanco elegido, e incluso resultar calumniado si se resiste o lo denuncia. Una vez que las corporaciones digitales ya colaboran con las agencias de seguridad por razones *patrióticas* o imperativo legal, las puertas están abiertas. Es cierto que se han introducido ciertos frenos como la codificación de mensajes (sobre todo debido a la competencia entre compañías) o la resistencia a entregar claves de descifrado a las autoridades, pero está por ver hasta dónde llegan las garantías y cautelas. Lo único seguro es que existen sistemas y programas especialmente diseñados para el espionaje (PRISM, UPSTREAM, TEMPORA...), junto a múltiples sensores y barridos globales de todo tipo, que pueden anular la confidencialidad y violar los derechos básicos (Appelbaum, 2013: 55s, 60s, 71). Cuando el saber masivo es fuente de poder como nunca antes, debe repetirse, se mezclan el buen uso y el malo hasta el punto de que otros deciden qué nos conviene.

Internet ha dejado de ser una palanca de liberación y se ha convertido en "una amenaza para la civilización humana (...) una distopía postmoderna de vigilancia de la que sólo los individuos más capacitados podrán escapar", ya que se delegan grandes decisiones en terceros y la mayoría no conoce lo suficiente la tecnología (Assange et al., 2013: 17, y también 47, 53, 97). Es cierto que no son de recibo enfoques maniqueos y tampoco los salvadores intachables, entre otras cosas porque hay *hackers* de todos los colores. Pero sí parece que la única respuesta sería la encriptación para uso de particulares y disponer de un *software libre* y analizable por cualquiera (como el programa TOR, GNU/Linux), como medios e infraestructuras

alternativas de comunicación; lo cual permitiría ejercer con menos riesgo el activismo democrático ante los grandes problemas geopolíticos, energéticos, ambientales o de corrupción que nos atenazan (Ibid, 93, 186, 210). Se pueden abrir más cauces a la criminalidad, dicen algunos, pero es que los delincuentes y espías ya usan encriptación y cualquier otra ventaja a mansalva. Lo importante es favorecer la privacidad y la libertad de las personas, sin ceder como hasta ahora el control de las comunicaciones y de los datos, lo cual requiere lógicas digitales alternativas que favorezcan la deliberación democrática (Romero, 2017). Es imprescindible intensificar el debate al respecto, sopesando ventajas e inconvenientes, pero sin condenar al mensajero que advierte de abusos y riesgos. En caso contrario, todo dependerá, como en tantos asuntos, de que uno pueda pagar o no su seguridad digital, lo que acentuará las desigualdades en todos los órdenes.

Epílogo

Hay que cuidar mucho los modelos de vida que se proponen a la sombra del *progreso*, por muchas que sean las ventajas de la digitalización. No vaya a ser que nos encontremos -en sentido inverso al leibniziano- con una sociedad de *mónadas* donde no quepa la autonomía personal: con la fragmentación y desorden de la sociedad-red es imposible la "armonía preestablecida", claro está, pero puede imaginarse la *postestablecida* gracias al manejo ilimitado de los *Big Data*. Es decir, una reconstrucción inteligente, impersonal e insidiosa capaz de armar a posteriori y por interés grandes sectores del *puzzle* social en el que encajen unos individuos tan aislados como "procesados" dentro del conjunto gigantesco. Con el añadido de que la formación de la subjetividad estaría entonces en almoneda y después la convivencia política.

Se recordará que Leibniz propone para la *mónada* una esencia dada desde el principio, equivalente a una integral matemática de la cual se deduce la derivada en forma de una existencia de acciones libres a la vez que programadas. Pues bien, aquí ocurre lo contrario: los sujetos parten de cierta *libertad* antropológica y política inicial, sin una vida prefigurada, pero los actos digitales permiten generar control y una *necesidad* algorítmica posterior, reconstruida, merced a la inmensa computación que recopila e integra. Lo que el individuo va haciendo, más allá de

la aparente dispersión, le dota de una identidad final que se puede manejar según convenga. Pero, en el plano colectivo, los algoritmos tienen un alcance prospectivo asombroso y pueden llegar a dictar por sí mismos buena parte del futuro, ya que se les concede poder y operan en régimen de *deep learning* o autoaprendizaje que los independiza gradualmente de la programación de origen. La autonomía que pierden las personas la ganan ellos, sin conocimiento subjetivo en lo que concierne a los particulares ni regulación democrática del proceso general, como tampoco hay la suficiente coordinación socio-política de las personas. Para la deseable conjunción libre de una ciudadanía responsable no valen programas ni máquinas, en cambio para su manipulación se bastan y sobran.

Es dramático que la mónada abra tantas *ventanas* al ciberespacio y resulte transparente para otros y opaca para sí, vulnerable a la par que desarraigada. Y lo curioso es que -dando vuelta al asunto- la falta de un plan de vida claro podría encontrar *a posteriori* una ayuda tecnológica, que no solución, en la medida en que se acumulan rastros digitales -no sometidos al albur de la memoria personal- que hablan de intereses, prácticas, gustos y metas individuales. Así, bastantes ingredientes del supuesto *sentido* de la existencia vendrían dados, paradójicamente, por el resultado de la cuantificación y clasificación de aquellos actos. O, si se prefiere, el *interés* habermasiano llegaría después del *conocimiento* instrumental, aunque poco tenga que ver con la genuina acción comunicativa. Es irónico, pero uno podría conocerse mejor y encontrar cierta coherencia en su trayectoria gracias a esa *megaficha* digital, de modo que la liquidez de la vida se transformaría entonces en narrativa cibernética: *navego luego soy*. Claro que el sujeto no dirige el proceso ni gobierna su intimidad por las razones sistémicas ya indicadas.

Estamos cerca de que el viejo homocentrismo sea sustituido por el *datacentrismo*, donde lo más grave sería que una sociedad entera se vertebrase por el *dataísmo* ya mencionado al comienzo, en colaboración con un eventual posthumanismo: según Harari (2014: 437s, 451 y 454), las nuevas ingenierías biológica, de ciborgs y de inteligencia no orgánica conducen a la generación de seres cualitativamente distintos de los humanos, hoy desconocidos pero inconmensurables con nosotros, lo que plantea asuntos inauditos; y el fundamental consiste en saber *qué queremos desear*, de manera que haya un proyecto consciente que sirva de guía a la investigación y así influir en ello, cual condición imprescindible para regular estos cambios radicales que se adivinan en el horizonte. La mejora (*enhancement*) tecnológica tiene un

alcance extraordinario que va más lejos de sí misma y abre la puerta a realidades posthumanas, lo que obliga a pensar intelectual, ética y políticamente hacia dónde dirigirla y cómo acotarla (Espinosa, 2010). Dado este curso de los acontecimientos, del que el procesamiento de datos es la base técnica, la mera promoción del inmenso "flujo de la información" hasta lograr un sistema algorítmico de datos cada vez más sapiente y potente no puede convertirse en el criterio supremo que dicte valores y tipos de vida, incluido un sentido cuasirreligioso que consistiría en participar y fundirse con aquél; de manera que "Es probable que un examen crítico del dogma dataísta sea no sólo el mayor reto científico del siglo XXI, sino también el proyecto político y económico más urgente" (Harari, 2016: 428, y antes 414, 417 y 419). La cuestión, en fin, estriba en repensar nuestra propia condición antropológica y política, sin reducirla a algoritmos ni a las inercias tecnológicas que parecen arrastrarnos hacia instancias de control no humanas. Lo que llega es un cambio histórico y de paradigma asombroso, no ciencia ficción, que empeora las dificultades actuales para la autonomía. Pero, curiosamente, lo primero es crear mejores ficciones y conceptos (relatos, cosmovisión, normas, etc.) que permitan gobernarlo democráticamente. Y no va a ser fácil...

Bibliografía

- Alba Rico, S.: *¿Podemos seguir siendo de izquierdas?*, Barcelona, Pol.ien, 2015 (2ª ed.)
- Appelbaum, J.: *Talks 2005-2013*, Greyscale Press, 2013.
- Assange, J. et al.: *Cypherpunks. La libertad y el futuro de Internet*, Temas de Hoy, México, 2013.
- Balandier, G.: *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Paidós, 1994.
- Bauman, S.: *La vida líquida*, Barcelona, Paidós, 2006.
- Broncano, F.: *Entre ciudadanos e ingenieros. Filosofía de la técnica para días de democracia*, Madrid, Montesinos, 2006.
- Carr, N.: *Superficiales ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, Madrid, Taurus, 2011
- Castells, M.: *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- Ellul, J.: "El orden tecnológico", en C. Mitcham y R. Mackey (Eds.), pp. 112-151
- Espinosa, L.: "Razón, naturaleza y técnica en Ortega y la Escuela de Frankfurt", *Isegoría* 21 (1999) 101-129.
- "El nihilismo virtual en las sociedades hipertecnológicas", *Ágora* 26/2 (2007) 79-101.

- “El desafío del posthumanismo. En relación a las nuevas tecnologías”, en P. Aullón (coord.), *Teoría del humanismo*, vol. III, Madrid, Ed. Verbum, pp. 583-615 (y en la red).
- “Realidades sociales dislocadas, estilos de vida precarios. Notas para una antropología de la crisis económica y simbólica”, *Mundo nuevo* 14 (2014) 137-172.
- Feenberg, A.: *Questioning Technology*, London, Routledge, 1999.
- Flamarique, L. y d’Oliveira Martins, M. (Eds.): *Emociones y estilos de vida*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.
- Garton Ash, T.: *Libertad de palabra*, Barcelona, Tusquets, 2017.
- Goodman, M.: *Los delitos del futuro*, Barcelona, Ariel, 2016.
- Gómez Cabranes, L.: “Las emociones del internauta”, en Flamarique, L. y M. d’Oliveira-Martins (Eds.): *Emociones y estilos de vida*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 211-243.
- Habermas, J.: *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989.
- Han, B.Ch.: *Psicopolítica*, Barcelona, Herder, 2014.
- Harari, Y. N.: *Sapiens. De animales a dioses*, Barcelona, Debate, 2014.
- *Homo Deus. Breve historia del mañana*, Barcelona, Debate, 2016.
- Hardt, M. y Negri, T.: *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Madrid, Akal, 2011.
- Hochschild, A.: *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*, Aires, Katz, 2008.
- Innerarity, D.: *La sociedad invisible*, Madrid, Espasa, 2004.
- Llanos Nieto, M. “¿Lo virtual como extensión del cuerpo sujetado por el poder?”, en M. Lobosco (comp): *La antifilosofía (la escuela media y la universidad)*, Buenos Aires, Biblos, 2015, 179-189
- Mitcham, C. y R. Mackey (Eds.): *Filosofía y técnica*, Madrid, Encuentro, 2004.
- Morozov, E.: *La locura del solucionismo tecnológico*, Buenos Aires, Katz/Clave Intelectual, 2015
- Mumford, L.: “La técnica y la naturaleza del hombre”, en C. Mitcham y R. Mackey, pp. 93-111.
- Rendueles, C.: *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*, Madrid, Capitán Swing, 2013.
- Romero, J.: “Democracia y *software libre*. El soporte lógico-informático de las políticas deliberativas”, en R. Cotarelo y J. Gil (comp.), *Ciberpolítica: gobierno abierto, redes, deliberación, democracia*, Madrid, Instituto Nacional de la Administración, 2017, 20-30.
- Schneier, B.: *Data and Goliath: The Hidden Battles to Collect Your Data and Control Your World*, New York, Norton & Company, 2015.
- Subirats, J.: *Otra sociedad ¿Otra política?*, Barcelona, Icaria, 2011.
- Tascón, M. y Coullaut, A.: *Big data y el Internet de las cosas*, Madrid, Catarata, 2016.
- Zafra, R.: *Ojos y capital*, Bilbao, Consonni, 2015.

Notas

1. Véase por ejemplo el informe sobre Big data y salud del Observatorio de Bioética y Derecho de la Universidad de Barcelona www.bioeticayderecho.ub.edu